

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

José Antonio Gaar
tonio.larias@gmail.com

Patrick Modiano: un detective perdido

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 39, enero-marzo de 2017, pp.84-85.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Patrick Modiano: un detective perdido

José Antonio Gaar

Lo que se ve no es el contenido del recuerdo, sino su forma.

RICARDO PIGLIA

Me parece que hay un error al pensar en Patrick Modiano como el Proust de nuestro tiempo. La comparación es un gancho de ventas, como ya es costumbre, pero no funciona para hablarnos del autor. El lector podría esperar leer a Proust y no va a ser así. La memoria, en Modiano, ya no tiene la misma fuerza y franqueza que el siglo XIX podía dar; dejó de ser un *tableau vivant* y se volvió mucho menos segura de sí misma, con ajustes fragmentarios de destinos escurridizos y casi inaprehensibles. Al menos así –de mejor manera, claro– lo dejó ver el autor de *La trilogía de la ocupación* en su discurso a la Academia Sueca, al recibir el Nobel de Literatura 2014.

Modiano es un escritor al que hay que acercarse eliminando todos los prejuicios que las contratapas de sus libros se han encargado de crear. La lectura parcial de su obra puede encasillar al autor como alguien a quien sólo le interesa el tema de la ocupación. No es así. Si al lector sólo le importan los temas del nazismo, si sólo pone atención a la trama, o incluso si quiere encontrar sentencias filosóficas (como me pasó en un principio), entonces nos pare-

cerá un autor prescindible: preferiremos a Céline o a Kertész. Pero Modiano es un estilo, y su grandeza no está completamente en la historia, en la anécdota, sino en el lenguaje.

La ocupación sólo es un fondo perfecto para develar la inmediatez: cómo todo desaparece de una forma fácil y vertiginosa, sin dejar rastro y sin que a nadie importe. Modiano hace una apología del olvido y las relaciones que desatan los recuerdos (que un hecho despierte otro; que un lugar tenga muchos tratamientos diferentes, debido a la imprecisión de la memoria) son el centro de su obra.

La ronda nocturna es quizás la mejor entrada al universo de Modiano. Ahí es donde verdaderamente surge un estilo. En *La ronda nocturna* ya se ven esos saltos en el tiempo, un tiempo más bien de la contemplación, que permite mezclar las diferentes épocas. Las evocaciones de su obra son unidas magistralmente por la construcción lingüística: mezcla perfecta de tiempos verbales, a primera vista enredados; tener que leer dos veces un capítulo o un párrafo para saber si el narrador está hablando de un presente o de un pasado, o de un futuro que termina por desvanecerse en una remembranza. Hay, sin embargo, otras técnicas que en ese libro son menos fascinantes, a diferencia de *Un pedigrí* o *Accidente nocturno*, como la perspectiva, elemento que después el escritor vuelve su insignia. El narrador, aquí, pudo haber sido el Brausen de Onetti.

Aunque siempre ensaya sobre los mismos temas y lugares pero ubicados en diferentes momentos, su obra forma la cartografía histórica de su ciudad. De manera que Modiano ha creado un París personal, donde el colaboracionismo de los parisinos con los nazis no sólo es muy palpable, sino que, por ordinario, se vuelve intrascenden-

te. Las personas que no eran judías se habían adaptado rápidamente a la situación: “por la radio se oían canciones. Había incluso, en los teatros y en los cines, mucha más gente que antes de la guerra, como si esos lugares fueran refugios donde las personas se reunían y se arrimaban unas a otras para tranquilizarse”. Parece que Modiano insiste en la tranquilidad como un ejemplo del cinismo.

Hay un pasaje en la vida de Modiano que, dependiendo de la novela, cambia de tratamiento. Nos relata que su madre era una actriz con intenciones de abandonarlo todo el tiempo, en camerinos o casas de amigos; a su padre simplemente no le importaba cuidarlo, sólo atraían su atención los negocios turbios que desde siempre manejaba. Así es como nos lo cuenta en *Un pedigrí*; reescrita en *Una juventud*, la escena se vuelve mucho mejor. De ahí surge un personaje: un niño Modiano que creció como un espectador fantasma, que sólo observaba el ir y venir de las personas que pronto no volvería a ver más. En aquel discurso del Nobel, relata lo siguiente: “en ese París de mal sueño donde corría uno el riesgo de ser víctima de una denuncia o de una redada a la salida del metro, ocurrían por azar encuentros de personas que nunca habrían coincidido en tiempo de paz, nacían amores precarios a la sombra del toque de queda y sin seguridad de volver a verse al día siguiente”. Uno de esos amores destellantes fue el de sus padres.

Durante ese periodo muere su hermano menor, episodio que marcaría su vida. El niño fallece a los 10 años, cuando el escritor tenía 12. Conocida es la anécdota donde su padre y su tío lo llevan a una carretera a las afueras de París para contarle lo sucedido: el tío baja del auto, mientras el padre comienza a relatarle el acontecimiento. Después de este

Arte y oficio de Toulouse-Lautrec

Antonio Nájera

El Museo de Bellas Artes trajo al público mexicano, desde el Museo de Arte Moderno de Nueva York, una selección de más de mil impresiones, litografías y carteles del artista francés Henri de Toulouse-Lautrec. La muestra, además, no deja de lado otras inquietudes del pintor: la ilustración de revistas, libros y programas de teatro. ¿La exposición nos deja entrever los verdaderos poderes de Lautrec como pintor? Naturalmente no. No lo hace, porque en realidad ninguna muestra está en condiciones de hacerlo. Pero sería injusto sugerir que no logra lo esencial: mostrar el itinerario de un artista consumado que posiblemente no habría alcanzado tal desarrollo sin el ejercicio diario de su oficio. Concebir a Henri de Toulouse-Lautrec sin haber ejercido la publicidad es como formular un Joseph Conrad que jamás haya pisado el mar.

Quizás nadie goce en la actualidad de mayor aceptación por parte del gran público de las artes visuales que Vincent Van Gogh. Este hecho obedece no sólo a la innegable destreza como creador de atmósferas, sino también a su impetuosa existencia. Ese ha sido el designio de Van Gogh, y nos es razonable preguntar por qué no lo ha sido de Henri de Toulouse-Lautrec, cuyo talento y desgracias en mucho pueden rivalizar con los del pintor holandés.

La pequeña villa de Albi, al suroeste de Francia, vio llegar a Henri de Toulouse-Lautrec el 24



Alberto Tovalín: *Francisco Toledo*

pasaje, Modiano, que de por sí siempre había estado solo, queda a la deriva, sin nada que lo ancle a su presente. Las tribulaciones que siguieron las conocemos en sus obras. *Dora Bruder* es un ejemplo. El joven Modiano se vuelve indiferente hacia sus obligaciones y, como resultado, decide que el único sentido posible está en la narración. Abandona muy pronto el colegio y busca empleos que le permitan escribir. En ese proceso, se vuelve amigo de Raymond Queneau, quien sería una influencia mayor para la publicación de *El lugar de la estrella*, en la editorial Gallimard. Luego de eso se dedica por completo a su carrera literaria.

“Las personas que vivieron en aquel París quisieron darse mucha prisa en olvidarlo o en no recordar sino detalles cotidianos, de esos que proporcionaban la ilusión de que, pese a todo, la vida diaria no había sido tan diferente

de la que llevaban en tiempos normales”. Así lo dijo Modiano y su literatura es un intento por recordar esos detalles olvidados, como un detective perdido en la nostalgia. No es la ocupación histórica lo que le interesa, sino “ese ambiente donde todo se derrumba, donde todo vacila”. En lugar de una lupa posee una lámpara, pues no es una investigación lo que interesa, sino alumbrar las casas perdidas, las horas olvidadas, las personas que sólo siguen existiendo en los directorios telefónicos. Como dice Vila-Matas: “Modiano muestra calles, y transita por esas calles, siempre diferentes, como si estuviésemos en un desierto, perdidos, y poniéndole nombre a las esquinas”. **LPyH**

• **José Antonio Gaar** es egresado de la Facultad de Letras Españolas y actualmente estudia la maestría en Literatura Mexicana en la UV.